Balta Lelija

18 de noviembre de 2026
SERIE SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL
"La obediencia radiante"

Una vez que, por gracia de Dios, nos hemos puesto en camino para seguir al Señor y hemos respondido a su amorosa invitación, es fundamental aprender y practicar la verdadera obediencia para avanzar en el camino espiritual. Esta virtud se relaciona con la escucha, más aún, con una escucha atenta, inclinando el oído y queriendo entender y seguir las instrucciones del Señor lo mejor posible.

A menudo se malinterpreta la obediencia, hasta el punto de que algunos llegan a pensar que renuncian a su libertad cuando no deciden su vida de forma autónoma. Sin embargo, hay que tener claro que la obediencia a Dios es un requisito para que nuestra vida se desarrolle según su designio y, por tanto, nos conduce a la verdadera libertad.

Debemos despertar de la ilusión de que el ser humano es capaz de encontrar por sí mismo el camino hacia la verdadera felicidad, y del prejuicio de que la obediencia es una carga que no nos queda más que soportar. Sin duda, no lo es. Antes bien, sin ella, nuestra vida se vería inevitablemente sumida en el caos.

Cuando Dios comunicó sus mandamientos al Pueblo de Israel por medio de Moisés, empezó diciendo: «*Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor*» (Dt 6,4).

Por tanto, nuestra obediencia se dirige, en primer lugar, a Dios, que nos ha creado. El hombre no es, en sí mismo, portador de la sabiduría más profunda. ¡Al contrario! Sin el auxilio divino, no puede alcanzar la meta de su vida. Necesita que Dios le revele lo que es bueno y lo que es malo, y está llamado a escoger el bien. Por lo tanto, para ordenar su vida de acuerdo con la voluntad creadora de Dios, precisa de la guía y la orientación que solo Él puede brindarle. Necesita al Espíritu Santo para reconocer a Dios como Él es en verdad y para llevar a cabo las obras que el designio divino ha previsto para él.

Probablemente esto resulte evidente para todos aquellos que han emprendido el camino de seguimiento de Cristo. Sin embargo, es importante recordarlo una y otra vez para practicar la obediencia de forma adecuada. En este sentido, pueden servirnos de guía las advertencias de la Sagrada Escritura, pues incluso las personas que ya han abrazado la fe corren el riesgo de no escuchar a Dios con suficiente profundidad.

En efecto, una escucha correcta no consiste en oír superficialmente y extraer solo aquello

que nos agrada, pasando por alto todo lo demás. Precisamente de esta actitud se lamenta Dios una y otra vez en la Sagrada Escritura: la sordera de su pueblo. En este caso, la voluntad del oyente no se orienta hacia lo correcto ni hacia la verdad. No quiere escuchar, no inclina su oído hacia la sabiduría y, por tanto, no llega a la comprensión.

De hecho, esto puede llegar a tal punto que san Pablo advierte que «vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana» y sólo querrán escuchar lo que halague a sus oídos (2 Tim 4, 3-4).

A menudo, esta aversión se basa en una concepción errónea y, más concretamente, en una falsa imagen de Dios. Sin embargo, cuando descubrimos a Dios tal y como es en verdad, es decir, como nuestro amoroso Padre, hallamos el acceso a una obediencia libre y radiante. Ya no se trata solo de un acto de voluntad al que nos sentimos obligados, sino que la obediencia se convierte en una búsqueda constante de vivir en completa armonía con nuestro Padre, haciendo nuestras sus intenciones para con nosotros y con el mundo entero. Es un sincero intento de estar en completa conformidad con la verdad y el amor. Así, la obediencia se convierte en un asunto del corazón y la voluntad de Dios se nos vuelve el alimento del que habla Jesús: *«Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado»* (Jn 4,34).

El cumplimiento gozoso de la voluntad de Dios garantiza la libertad del ser humano. Rompe las cadenas del amor desordenado hacia uno mismo y hacia la propia voluntad, del apego al mundo y a las personas.

La obediencia confiere agilidad al camino de seguimiento de Cristo y permite que el Espíritu Santo realice su obra en la persona con mayor eficacia y con menos obstáculos. Precisamente la obediencia nos lleva a una gran vigilancia espiritual, puesto que no se limita a cumplir la voluntad de Dios de manera «general», sino que busca reconocerla cada vez con mayor precisión en cada situación concreta de la vida.

A medida que la obediencia crece y madura, nos resultará más fácil reconocer y cumplir la voluntad de Dios. La veremos con la mirada del amor. Captaremos los designios de su amor, siempre presentes y nunca vacilantes, y querremos ponernos a su servicio. El alma ya no se verá dominada por temores, como si nuestro Padre pudiera haber previsto algo para nosotros que no quisiéramos o que incluso nos resultara amenazador. Aun en aquellas situaciones en las que no comprendemos de inmediato cuáles son las intenciones del Señor, la obediencia recurre a la creciente confianza para seguirle incluso en medio de la oscuridad.

Para expresarlo de forma sencilla, podríamos aplicar a la «obediencia radiante» los primeros versículos del salmo 42: *« Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo»* (Sal 41,2-3).

También podríamos imitar la obediencia de los santos ángeles, que cumplen la voluntad de Dios gustosa, total e inmediatamente.

Meditación sobre la lectura del día en el Novus Ordo:
https://es.elijamission.net/santa-reverencia-3/